dando con el pomo en el suelo, quedó arriba la punta, y se hincó por un brazo de la silla, que fué milagro no matarme, y concluyendo conmigo, dejara pagados mis acreedores. Volvíla á preguntar ¿si esperaria? Díjome, que si falta hubiese, yo lo veria, y otras algunas chocarrerías, con que se despidió de mí. Las noches antes, ya te dije lo mal que se pasaron; tal estaba, que fué imposible resistirme; pero tuve deseo de madrugar aunque nunca durmiera; y así mandé á mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de la mañana, y lo metiesen en mi aposento; lo cual hecho, habiéndolo puesto junto á la puerta, me la dejaron emparejada, y se fueron á dormir: aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba; y no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo, como dicen, á media rienda. Ves aquí despues de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza, ó bien si era del huésped, y andaba en fiado por la casa; ella se llegó á mi aposento, y habiendo olido la cebada, metió bonico la cabeza por alcanzar algun bocado, y en llegando al arnero, meneólo, y procurando entrar, sonó la puerta: yo que estaba cuidadoso, poco basta para recordarme; y pensé que tenia los toros en el coso: estaba todavía soñoliento, parecióme que no acertaba con la cama; púseme sentado en ella, y llaméla. Como la borrica me sintió, temió, y estúvose queda, salvo que metió una mano en el esporton de la paja: yo creyendo que fuese la señora, y que tropezaba en él, salté de la cama, diciendo: Entra, mi vida, daca la mano. Alargué todo el cuerpo para que me la diese: toquéle con la rodilla en el hocico, alzó la cabeza, dándome con ella en los mios una gran cabezada, y fuése huyendo, que si allí se quedara, no fuera mucho (con el dolor) meterle una daga en las entrañas. Salióme mucha sangre de la boca y narices, y dando al diablo al amor y sus enredos, conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz, era fácil en creer; atranqué mi puerta, y volvíme á la cama.

CAPÍTULO IX.

Como Guzman de Alfarache, llegando á Almagro, asentó por soldado en una compañía. Refiérese de donde tuvo orígen la mala voz: *en Malagon en cada casa un ladron, y en la del alcalde, hijo y padre.*

Como si el amor no fuese deseo de inmortalidad, causado en un ánimo ocioso, sin principio de razon, sin sujecion á ley que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar al

corazon, y dificultoso de salir de él, así juré de no seguir su compañía. Estaba dormido, no supe lo que dije; tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no habia bien recordado; con esto no pude madrugar, quedéme en la cama hasta las nueve del dia. Entró á estas horas la muy tal y cual á darme satisfacciones de meson, que sus amos la encerraron, aunque bien creí que lo hizo de bellaca, y mentia; y así dije:

Vuestros amores, hermana Lucía,
Mal enojado me han:

Comenzaron por silla, y acabaron en albarda. No me la volvereis á echar otra vez: aderezadnos de almorzar, que me quiero ir. Asaron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me queria partir, las mulas estaban á punto; era la mia mohina de condicion, y de mal proceder; quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella, y al pasar por detrás creo que me debia de querer decir que no lo hiciese, ó que me quitase de allí; y como no supo hablar mi lengua para que la entendiese, alzando las piernas, y dándome dos coces me arrojó buen rato de sí. No me hizo mal, porque me alcanzó de cerca y con los corvejones. Aun esto mas me estaba gardado, dije algo levantada la voz: No hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula. Subí en ella, y por el camino (visto las desgracias que habia tenido) les fuí contando á mis criados lo de la burra; riéronse mucho de ello, y mas de mi mozo entendimiento, en fiar de moza de venta, que no tienen mas del primer tiempo. Teníamos andadas dos largas leguas, y el mozo de á pié quiso beber: daca la bota, toma la bota, la bota no parece, que nos la dejamos olvidada; aun si por el retozo (dijo el mozo) hizo la señora presa en ella, porque no la trajésemos algo de balde. Mi paje respondió: Antes me parece que nos la hurtaron por sacar adelante la fama de este pueblo. Entonces tuve deseo de saber qué orígen tuvo aquella mala voz; y como los que andan siempre traginando de una en otra parte, y oyen tratar de semejantes cosas á varias personas, me pareció que podia preguntárselo á mi hombre de á pié, y le dije: Hermano Andres, pues fuistes estudiante y carretero, y ahora mozo de mulas, ¿no me direis (si habeis oido) de dónde se le quedó á este pueblo la opinion que tiene, y porqué se dijo: *en Malagon en cada casa hay un ladron, y en la del alcalde hijo y padre?* El mozo respondió, diciendo: Señor, vuesa merced me pregunta una cosa, que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero si he de referirlas, es el camino corto, y el cuento largo, y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra; mas vaya como pudiere y supiere,

dejando á parte lo que no tiene color, ni sombra de verdad, y conformándome con la opinion de algunos á quien lo oí, de cuyo parecer fio el mio, por ser mas llegado á la razon, que en lo que no la tenemos natural, ni por tradicion de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de conformarnos; y así esto tiene orígen que corre de muy lejos, en esta manera.

En el año del Señor de mil y doscientos y treinta y seis, reinando en Castilla y Leon el rey don Fernando el Santo, que ganó á Sevilla el segundo año despues de fallecido el rey don Alonso de Leon, su padre, un dia estaba comiendo en Benavente, y tuvo nueva que los cristianos habian entrado en la ciudad de Córdoba, y estaban apoderados de las torres y castillos del arrabal que llaman Axarquía, con aquella puerta y muro, y que por ser los Moros muchos, y los cristianos pocos, estaban muy necesitados de socorro.

Este mismo despacho habian enviado á don Alvar Perez de Castro, que estaba en Martos, y á don Ordoño Alvarez, caballeros principales de Castilla, de mucho poder y fuerzas, y otras muchas personas que les diesen su favor y ayuda. Cada uno de los que lo supieron acudió al momento, y el rey se puso luego en el camino sin dilatarlo, no obstante que le dieron la nueva en 28 de enero, y el tiempo era muy trabajoso de nieves y frios. Nada se lo impidió, que partió al socorro, dejando dada órden que sus vasallos partiesen en su seguimiento, porque no llegaban á cien caballeros los que con él salieron. Lo mismo envió á mandar á todas las ciudades, villas y lugares, enviasen su gente á esta frontera donde él iba: cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos y rios, que no dejaban pasar la gente. Juntáronse en Malagon cantidad de soldados de diferentes partes, tantos, que con ser entonces lugar muy poblado, y de los mejores de su comarca, para cada casa hubo un soldado, y en algunas á dos y tres. El alcalde hospedó al capitan de una compañía, y á un hijo suyo que traia por alferez de ella. Los mantenimientos faltaban, el camino se traginaba mal, padecíase necesidad, y cada uno buscaba su vida robando á quien hallaba qué: un labrador gracioso, del propio lugar, salió de allí camino de Toledo, y encontrándose en Orgaz con una escuadra de caballeros, le preguntaron de dónde era: respondió que de Malagon: volviéronle á decir: ¿qué hay por allá de nuevo? Y dijo: Señores, lo que hay de nuevo en Malagon, es *en cada casa un ladron, y en la del alcalde, quedan hijo y padre.* Este fué el orígen verdadero de la falsa fama que le ponen, por no saber el fundamento de ella; y es injuria notoria en nuestro tiempo, porque en todo este camino dudo se haga otro mejor hospedaje, ni de gente mas comedida, cada una en su trato. Tambien podré decir que habemos visto en

él hurtos calificados de mucha importancia. En esto íbamos tratando por alivio del camino, cuando de un caminante supe, que en Almagro estaba una compañía de soldados: certificóme de ello, y alegréme grandemente, que solo eso buscaba para salir de congoja. En llegando á la villa, luego á la entrada de ella, ví en la calle Real en una ventana una bandera: pasé adelante, y fuíme á posar á uno de los mesones de la plaza, donde cené temprano, yéndome luego á dormir, para restaurar algo de tantas malas noches pasadas. El mesonero y huéspedes, viéndome llegar bien aderezado y servido, preguntaban á mis criados, quién fuese; y como no sabian otra cosa mas de lo que me habian oido, respondian que me llamaba don Juan de Guzman, hijo de un caballero principal de la casa de Toral. A la mañana temprano mi paje me dió de vestir, compuse mis galas, y oida una misa fuí á visitar al capitan, diciéndole como venia en su busca para servirle. Recibióme con mucha cortesía, el rostro alegre, y lo merecia muy bien el mio; el vestido y dineros que llevaba, que serian pocos mas de mil reales, porque los otros habian tomado vuelo, é hicieron el del cuervo, en vestidos, amores y camino. Asentóme en su escuadra, y á su mesa, tratándome siempre con mucha crianza; y en remuneracion de ello lo comencé á regalar y servir, echando de la mano como un príncipe, cual si tuviera para cada martes orejas, ó si como en cada lugar habia de hallar otro especiero, otro rio, y otro bosque adonde poder ensotarme; tan sin miedo, con tanta prodigalidad lo despedia y arrojaba en dos á siete, y en tres á once, visitaba tan á menudo las tablas de la bandera, que ya (ganando pocas veces, y perdiendo muchas) me adelgazaba. Con esto me entretuve hasta que comenzamos á marchar, que para socorrer la compañía nos metieron en la iglesia; de allí fuímos uno á uno saliendo, y cuando á mí me llamaron, y el pagador me vió, parecíle muy mozo; no se atrevió á pasar mi plaza, conforme á la instruccion que llevaba. Encolericéme en gran manera, tanto me encendí, que casi me descompuse á querer decir algunas libertades, de que despues me pesara, pues con ello quedaba obligado á mas de lo que era lícito. ¡O, lo que hacen los buenos vestidos! Yo me conocí un tiempo, que me mataban á coces y pescozones, y de ellos traia tuerta la cabeza, callaba y sufría, y ahora estimé por el cielo, lo que no pesaba una paja, encendiéndome en cólera rabiosa. Entonces experimenté como no embriaga tanto el vino al hombre, cuanto el primero movimiento de la ira, pues le ciega el entendimiento, sin dejarle luz de razon; y si aquel calor no se pasase presto, no sé cual ferocidad ó brutalidad pudiera parangonizarse con la nuestra. Pasóseme aquel incendio súbito, y reportado un poco, le dije: Señor pagador, la edad poca es, pero el ánimo mucho: el corazon manda, y sabrá regir el brazo la espada, que sangre

hay en él para suplir cosas muy graves. Él me respondió con mucha cordura: Es así, señor soldado, y lo tal creo con mas veras de lo que se me puede decir; mas la órden que traigo es esta, y en excediendo de ella, lo pagaré de mi bolsa. No tuve que responder á sus buenas palabras, aunque las colores que me sacó el enojo al rostro no se me pudieron quitar tan presto. Al capitan pesó mucho de este agravio; recibióle como propio; en quitarle mi plaza, creyó que luego dejara su compañía, y vuelto contra el pagador, se alargó con él; de manera, que á no ser tan compuesto en sufrir, se levantara entonces algun grande alboroto. Sosegóse la pendencia, y el socorro hecho, el capitan vino á visitarme á la posada, diciéndome con término bizarro, lo que sentia mi pesadumbre; y con palabras y promesas honrosas, me dejó contento á toda satisfaccion. Tal fuerza tiene la elocuencia, que, como los caballos dejan gobernarse de los buenos frenos, así á las iras de los hombres, las razones comedidas son poderosas para trocar las voluntades, mudando los ánimos ya determinados, reduciéndolos fácilmente. Aunque yo estuviera resuelto en dejarle, su oracion me persuadiera en quedarme. Estuvimos en la conversacion buen rato; y si va á decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos, y cuán abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban servicios, qué poca verdad informaban de ellos algunos ministros por sus propios intereses, cómo se yerran las cosas, porque no se camina derechamente al buen fin de ellas, antes al provecho particular, que á cada uno se le sigue; y porque aquel sabe que el otro (aunque con buen celo) gobierna y guia, lo tuerce y desbarata, metiendo de traviesa sus enredos, por alcanzar á ser él solo dueño; y por el mismo caso buscará mil rodeos y medios, y aliándose con sus enemigos, lo es de sus amigos, porque venga á parar á su puerta la danza, puestos los ojos á su mejor fortuna. Quiere ser semejante al Altísimo, y poner su silla en Aquilon, y que otro no la tenga. Llevan los tales la voz en el servicio de su rey, pero las obras enderezadas para sí; como el trabajador que levanta los brazos al cielo, y da con el golpe del azadon en el suelo. Ordenan guerras, rompen paces, faltando á sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas, y al fin infernando las almas. Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdido, cuántos ejércitos desbaratado, de que culpan al que no lo merece, y solo se causa porque lo quieren ellos, que aquel mal ha de ser su bien, y si sucediera bien, resultara mal para ellos; *así va todo, y así se pone de lodo.* Quiere vuesa merced ver á lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, los colores lo que alienta y pone fuerzas á un soldado, para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España, y les parece que debemos andar como solicitadores, ó hechos estudiantes capigorristas, enlutados, y con gualdrapas, envueltos en trapos negros. Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre español, que otro tiempo peleaba, y con la reputacion temblaba de él todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida: estamos tan fallidos, que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuímos, somos y seremos. Dé Dios conocimiento de estas cosas, y enmiende á quien las causa, yendo contra su rey, contra su ley, contra su patria, y contra sí mismos. Ahora, señor don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad, y de los daños que causa la codicia en la privanza: de ella nace el odio, del odio la envidia, de la envidia disension, de la disension mala órden: infiera de allí adelante lo que podrá resultar: vuesa merced no se aflija, que ya marchamos; en Italia es otro mundo; y le doy mi palabra de le hacer dar una bandera, que aunque es menos de lo que merece, será principio para poder ser acrecentado. Agradecíselo mucho; despedímonos: él quisiera irse solo, yo porfiaba en acompañarle á su posada, no me lo consintió. Luego otro dia comenzó á marchar la compañía sin parar, hasta que nos acercamos á la costa; y el señor capitan á la mia, gastando largo. Estuvimos esperando que viniesen las galeras; tardaron casi tres meses, en los cuales, y en lo pasado, la bolsa rendia y la renta faltaba. La continuacion del juego tambien me dió priesa; y así me descompuse, no todo en un dia, sino de todo en los pasados. *Yo quedé cual digan dueñas,* pues vine á volverme al puesto con la caña. ¡Cuánto sentí entonces mis locuras! ¡Cuánto reñí á mí mismo! ¡Qué de enmiendas propuse, cuando blanca para gastar no tuve! ¡Cuántas trazas daba de conservarme, cuando no sabia en cuál árbol arrimarme! ¡Quién me enamoró sin discrecion? ¿Quién me puso galan sin moderacion? ¿Quién me enseñó á gastar sin prudencia? ¿De qué sirvió ser largo en el juego, franco en el alojamiento, pródigo con mi capitan? *¿Cuánto se halla trasero quien ensilla muy delantero?* ¿Cuánta torpeza es seguir deleites? De seso salia en ver mis disparates, que habiéndome puesto en buen predicamento, no supe conservarme; ya por mis mocedades ni era temido ni estimado. Los amigos que con la prosperidad tuve, la mesa franca del capitan y alferez, la escuadra en que me deseaba alistar, parece que el solano entró por ello, y lo abrasó: pasó como saeta, corrió como rayo en abrir y cerrar de ojo. Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzaron á descomponer poco á poco, pieza por pieza; quedé degradado, fué el obispo de San Nicolas, respetado el dia del santo, y yo hasta no tener moneda. Los que conmigo se honraban, los que me visitaban, los que me entretenian, los que acudian á mis fiestas y banquetes, apurada la bolsa, me dieron de mano, ninguno

me trataba, nadíe me conversaba; y no solo esto, mas ni me permitian los acompañase. Hedió el oloroso, fué mohino el alegre, deshonró el honrador, solo por quedar pobre, y como si fuera delito, me entregaron al brazo seglar; mi trato, mi conversacion era ya con mochileros, y en eso vine á parar, y es justa justicia, *que quien tal hace, que así lo pague.*

CAPÍTULO X.

De lo que á Guzman de Alfarache sucedió sirviendo al capitan, hasta llegar á Italia.

¡Qué agrio se me hizo de comenzar! ¡qué pesado de pasar! ¡qué triste de padecer nueva desventura! mas ya sabia de aquel menester, y en él habia traido los atabales á cuestas: presto me hice al trabajo; que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan, y vacian como las azacayas, tan presto como suben bajan. Con una cosa quedé consolado, que en el tiempo de mi prosperidad gané crédito para la adversidad; y no tuve por pequeña riqueza, habiendo de quedar pobre, dejar estampado en todos que era noble, por las obras que de mí conocieron. Mi capitan me estimó en algo, reconocido de las buenas que le hice, quiso, y no pudo remediarme, porque aun á sí mismo no podia: conservóme á lo menos en aquel buen punto que de mí conoció luego que me trató, teniendo respeto á quienes debian de ser mis padres. Necesitéme á desnudarme poniendo altiveces á una parte; volví á vestirme la humildad que con las galas olvidé, y con el dinero menosprecié, considerando que no me asentaban bien vanidad y necesidad. Que el poderoso se hinche, tiene de qué y con qué: mas que el necesitado se desvanezca, es camaleon, cuanto traga es aire sin sustancia; y así, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible y escandaloso el pobre soberbio. Ví que no la podia sustentar, dí en servir al capitan mi señor, de quien poco antes habia sido compañero, hícelo con el cuidado que al cocinero: mandábame con encogimiento, considerando quien era, y que mis excesos, la niñez, y mal gobierno de mocedad, me habian desbaratado, hasta ponerme á servirle, y estaba seguro de mí no haria cosa que desdijese de persona noble por ningun interés. Teniame por fiel, y por callado, tanto como sufrido: hízome tesorero de su secreto, lo cual siempre le agradecí. Manifestóme su necesidad, y lo que pretendiendo habia gastado; el prolijo tiempo

y excesivo trabajo con que lo habia alcanzado; rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme, que saliendo de palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida, y se lo dió á entender, dilatándole muchos dias el despacho, haciéndole lastar y padecer. Líbrenos Dios cuando se juntan poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es, que quiera un ídolo de estos particular adoracion, sin acordarse que es hombre representante que sale con aquel oficio, ó con figura de él, y que se volverá presto á entrar en el vestuario del sepulcro á ser ceniza, como hijo de la tierra. Mira hermano, que se acaba la farsa, y eres lo que yo, y todos somos unos. Así se llenan de viento algunos, como si en su vientre pudiesen sorber la mar, y se divierten como si fuesen eternos, y se entronizan, como si la muerte no los hubiese de humillar. ¡Bendito sea Dios, que hay Dios! ¡Bendita sea su misericordia, que previno igualdía de justicia!

Mi capitan me lastimó con su pobreza, porque no sabia con que remediarla, y tanto cuanto un noble tiene mas necesidad, tanto se compadece de ella; mas el pobre que el rico. Algunas joyas tenia para poder vender, mas honrábase con ellas, y como estaba de partida para embarcarse donde las habia menester, haciasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco. En el tiempo que tardaron las galeras anduvimos por alojamientos. Con la confesion que mi amo me hizo lo entendí, y el fin para que me la hizo, díjele: Ya señor, tengo noticia experimentada de lo que son buena y mala suerte, prosperidad y adversidad; en mis pocos años he dado muchas vueltas, lo que en mí fuere tendré la lealtad que debo á mi señor, y á quien soy: vuesa merced se descuide, que arriesgaré mi vida en su servicio, dando trazas para que en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo. Así me encargué de mas que mis fuerzas ni el ingenio prometian. De allí adelante hacia de oficio cosas de admiracion: en cada alojamiento cogia una docena de boletas, que ninguna valia de doce reales abajo, y algunas hubo que contribuyeron cincuenta; mi entrada era franca en todas las posadas, sin estar en algunas segura de mis manos ni el agua del pozo. Jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capon ó palomino á comida y cena, y pernil de tocino entero cocido en vino cada domingo: nunca para mí reservé cosa en los encuentros que hice, siempre le acudí con todo el pio. Si en algun asalto me cautivaba el huésped, siendo poco pasaba por niñería; y si de consideracion, el castigo era cogerme mi amo en presencia del que de mí se querellaba, y haciéndome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho del zapateado, por ser huero sonaba mucho y no me dolian: algunas